

Bordando la vida

Mónica Velasco

-“... Mmm son las once y mi papá no ha llegado, como de costumbre”- dijo Enrique en voz alta al pasar por el cuarto de su mamá y verla sola con su labor. El papá de Enrique, Rafael, era bien conocido por tomar mucho y visitar a Angélica, una mesera que vivía a unas cuadras de su trabajo.

Enrique no podía entender por qué su mamá, a sabiendas de los rumores, seguía teniendo las mismas atenciones con su padre, las cuales iban desde preparar una comida a su gusto y lavar con esmero el uniforme de trabajo, hasta hacerla de anfitriona en las reuniones que éste hacía con sus amigos del trabajo.

La mamá de Enrique escuchó su comentario. Él se dio cuenta y pensó que le diría algo, pero su mamá solo dijo -“Vete a descansar, mañana tienes examen. ¿Ya cenaste algo? No te quedes con el estómago vacío”-. Su voz no sonaba alterada, y ni siquiera levantó la vista de la costura que estaba haciendo.

“Me comí unas quesadillas en casa de Vero”- respondió Enrique desconcertado. Quería decirle a su mamá lo que pensaba, pero no encontraba el momento. Si ella hubiera reaccionado de otra forma a su comentario, quizá hubiera podido decirle todo lo que traía por dentro y que cada vez le costaba más trabajo contener. Sin más, Enrique se fue a su cuarto, separado de la habitación de sus padres por un pequeño patio interior donde su mamá tenía un par de macetas con geranios que cuidaba con gran esmero. Se preguntaba cómo le hacía su mamá para no perder la calma.

Al día siguiente, cuando Enrique se levantó, encontró a su papá durmiendo en el sillón de la sala, vestido con la ropa del trabajo y exhalando un fuerte olor a alcohol. Su mamá estaba preparando el desayuno para los dos en la cocina. “Ándale, hijo, siéntate a desayunar, que no se te haga tarde. Preparé un par de huevos con salsita de chile y unos frijolitos. Apenas así para que te vaya bien en la escuela”.

“Y para quitarle la cruda a mi papá...”- pensó Enrique para sí.

Antes de salir hacia la escuela, su mamá le dijo: “No se te olvide traerme los hilos que te había encargado, los necesito... escoge unas cinco madejas de color verde... pero que sean de diferentes tonos. Ya es lo único que me falta para terminar este bordado y poderlo entregar”.

Antonia, esposa de Rafael y mamá de Enrique, era conocida por sus clientas como doña Toña. Oriunda de Oaxaca, era una excelente bordadora que vendía sus creaciones en el mercado local. Toña disfrutaba mucho bordar las flores que ella misma diseñaba con mucho ingenio en manteles, servilletas, carpetas y blusas. En sus bordados ella se explayaba en colores y formas. La calidad de su trabajo y la tranquilidad que siempre mostraba, le había ganado la simpatía de sus clientes. Incluso algunos de ellos le habían querido hacer pedidos grandes para restaurantes, pero ella no los aceptaba porque sentía que trabajos así de grandes le requerían de todo su tiempo y no quería, ni podía, desatender a su familia.

Rafael trabajaba como cargador en una fábrica. Se caracterizaba entre sus compañeros por su buen humor y disposición al trabajo, mantenía muy buenas relaciones con sus superiores y gustaba de cortejar a las secretarias, a las que consideraba altamente atractivas. En general procuraba ser discreto en cuestiones de sus relaciones extramaritales. Sin embargo se llenaba de orgullo si cualquier persona, exceptuando a las que pertenecían a su familia, se enteraba de sus aventuras.

Enrique supo de la relación amorosa de su padre y Angélica gracias a su mejor amigo, que resultó ser vecino de la nueva aventura de su padre. Cuando Enrique se enteró le hirvió la sangre. Muy molesto y decidido corrió a contarle todo a su mamá.

Habría esperado que su mamá reaccionara como él. Sin embargo, cuando terminó su relato, su mamá le dijo de manera serena pero firme: “Enrique, no tienes por qué alterarte ni guardarle rencor a tu papá. Este problema es entre él y yo. Qué bueno que me lo hayas dicho, yo sé que tu intención es buena y la agradezco, pero este no es tu asunto. Yo lo voy a solucionar con él, así que deja este asunto en paz. Vete a hacer tus cosas.”

Cuando llegó su papá a la casa, doña Antonia lo recibió con buena cara, le sirvió la cena y comenzaron a hablar acerca de la relación del papá con Angélica. Durante toda la noche Enrique sólo escuchó murmullos.

Al día siguiente encontró a su mamá preparando el desayuno como siempre y a su papá alistándose para ir al trabajo. Todo estaba en aparente calma. La serenidad con que su madre despidió a su papá destanteó de nuevo a Enrique y le hizo preguntarse una vez más: “¿Por qué mi mamá sigue aquí, por qué lo sigue atendiendo? ¿Por qué no lo deja y ya?”. Sin embargo no se atrevió a hacerle directamente estas preguntas a Toña.

Unas semanas después la situación seguía igual en la casa. Enrique ya no podía aguantarse más. Aunque su mamá dijera que no era su asunto, él no estaba tan seguro. Así que, armándose de valor se dirigió al mercado. Cuando salía de la escuela encontró a Antonia bordando con la serenidad de siempre. Se acercó a ella y así, sin más, le dijo: -“¡Mamá! ¡No te entiendo, la verdad! Trabajas todo el día, yo le echo todas las ganas a la escuela y en cambio mi papá de plano se las gasta... está a todo dar: se va con esta señora, toma con quien se le pega la gana, y luego sí, se viene aquí a la casa para que tú lo atiendas, le prepares algo para la cruda.... yo que tú no le preparaba nada, si tiene cruda,... ¡pues que se aguante! Lo mínimo sería que se la curara solo o que se vaya con su amante y se las vea con ella, a ver si lo aguanta como tú. La verdad tú también te pasas... Y luego te veo aquí, sentada tan tranquila, bordando como siempre. No entiendo. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué sigues con mi papá?”.

Enrique tenía una mezcla de sentimientos. Por un lado, le daba mucho coraje la actitud de su mamá. Pero por otra parte le causaba fuerte admiración y respeto que ante la situación tan adversa, ella no se quebrara. Por su papá no podía decir exactamente lo que sentía. Era algo así como coraje, impotencia, cierta lástima... no estaba seguro, pero admiración y respeto, ciertamente no. El punto era simplemente que la forma de vida que llevaba su mamá, para él, no tenía ningún sentido.

Mientras estaba hablando, Enrique recordó algunas ocasiones en las que él mismo “había aguantado” una situación. Su amiga Vero se las gastaba con él como quería. Si necesitaba su ayuda o compañía, luego luego lo buscaba. Pero si andaba ligando con alguien, o andaba bien con sus amigas, ni caso le hacía aunque él la necesitara... y, sin embargo, no dejaba de ser su amigo, y cada vez que Vero le llamaba, él respondía incondicionalmente. Vero era así, y a pesar de que a veces esto le dolía no se decidía a romper su relación con ella. Sus cuates le decían que Vero le veía la cara... sin embargo, él le seguía siendo leal, no se enojaba con ella ni buscaba la forma de desquitarse. ¿Tenía sentido? También pasaba con sus compañeros. A veces se les pasaba la mano con las bromas, sabían ser pesados y él no siempre estaba de acuerdo con la manera en que hacían las cosas. Sin embargo, no quería romper con ellos. Y cuando salían juntos, él tan tranquilo. “¿Tenía sentido? ¿No era de alguna manera algo similar a lo que hacía su mamá?” se preguntaba a sí mismo.

Antonia escuchó a Enrique en silencio. Le sorprendió la manera en que la estaba confrontando. No lo había hecho antes, y lo miró con cierto respeto y mucha ternura. Sonrió como dándose cuenta de algo que sabía desde su corazón, pero que nunca había tenido que explicarlo con palabras.

“Mira Enrique –dijo Antonia- a mí lo que me gusta es bordar. Cada vez que empiezo una labor, me siento libre. Libre para elegir qué bordar y cómo hacerlo, qué colores poner, cómo mezclarlos, cómo manejarme en ese espacio que tengo entre mis manos, y sobre el que solo yo decido. Y este sentimiento me llena de felicidad, me hace sentir plena. Cuando bordo me siento fuerte, y esto hace que todo lo demás sea soportable; en la vida se presentan circunstancias difíciles que a veces no podemos cambiar. A veces nos encontramos viviendo cosas que no queremos vivir, y alguna vez estas cosas son muy desagradables. Y entonces tenemos que “agarrarnos” de aquellas cosas que nos gustan, que nos hacen fuertes, que nos hacen felices y que le dan sentido a nuestra vida. Creo que así es cómo le hago con lo de tu papá. Puedo lidiar con esa situación, porque en mi bordado tengo mi espacio para ser yo misma, para gozar, para imaginar, para decidir, para estar en paz.” Enrique no sabía qué decir, nunca se había planteado las cosas de esta manera, y no hubiera imaginado nunca que el trabajo de su mamá significara tanto para ella. No había pensado qué representaba “el espacio” de su mamá. ¿Podría servirle a él esta manera de entender la vida?

Conforme pasaba el tiempo y se daba la oportunidad de pensar en lo que sentía, Enrique se dio cuenta de que la manera de pensar de su mamá era una gran lección. Sin embargo, ella se había olvidado de un gran detalle, así que fue a buscarla de nuevo al mercado, se sentó junto a ella, y mientras Antonia bordaba, le dijo:

-“¿Sabes una cosa mamá?”– Antonia levantó la cabeza del bordado y fijó su mirada en el rostro de Enrique. -“Que te “agarres” de las cosas que te gustan y que le dan sentido a tu vida no sirve solo para sobrellevar las situaciones difíciles, sino que también, y quizá sea más importante, te puede ayudar a cambiarlas. La libertad de poder elegir un color o una forma que bordar, la felicidad, la fuerza, la plenitud que encuentras en la labor, no debería quedarse solo ahí, deberían ser llevados a la vida misma”.

A Antonia se le llenaron los ojos de lágrimas. El otro día le había dicho a Enrique “No es tu asunto”, pero en realidad creía que lo que vivían en casa era asunto de todos. Enrique le había dado también una gran lección y valía la pena tomarla en cuenta. En otros espacios de su vida también podía decidir: podía dejar que Rafael siguiera su camino, y ella podía seguir con el suyo; podía hacer de la labor una fuente de libertad económica; podía darle sentido a la vida “agarrándose” no solo del bordado, sino a la posibilidad y a la esperanza de construir, desde sus propias decisiones, una nueva situación de vida.